Hasta la muerte!!

Mota

HASTA LA MUERTE!!

¡HASTA LA MUERTE!!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ MOTA Y GONZALEZ

Estrenado en el TEATRO ROMEA, DE SEVILLA,
la noche del 28 de Julio de 1875.

2.ª EDICION

SEVILLA: 1876

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, *impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier.*
Tetuan, 24.

PERSONAJES	ACTORES
PAZ.	SRA. D.ª JUANA CATALÁ
ANGEL	SR. D. JOSÉ MESEJO
PRUDENCIO.	» D. FRANCISCO GOMEZ
JUSTO	» D. JOSÉ OLIVA
UN EMPLEADO. . . .	» D. SALUSTIANO MUÑOZ

La accion es contemporánea.—Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizone.

El valor literario de este juguete es tan insignificante como grande el afecto con que á V. lo dedica, su amigo

El Autor.

¡HASTA LA MUERTE!!

JUGUETE CÓMICO

ORIGINAL

DE JOSÉ MOTA Y GONZALEZ

ACTO ÚNICO

Gabinete decentemente decorado.—Puerta al fondo; dos laterales, una á cada lado ámbas en primer término; en segundo, á la izquierda, una ventana. Completan la escena vários muebles.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, limpiando los muebles con un plumero.

¡Caramba, y cuánto tardan en levantarse! Bien, que anoche duró la borrasca hasta despues de las doce. *(Parándose á escuchar en la puerta derecha.)* Nada; no suena ni una mosca. *(Sigue limpiando.)* Anda; miéntras duermen descansan. Es mucho matrimonio; siempre han de estar en una continua pelotera, y luégo no pueden vivir separados el uno del otro. Y la disputa que anoche sostenian era sobre si habian ó nó de admitir en clase de pupilo á un señor que.... *(Suena un fuerte campanillazo.)* ¡Yá ván!... *(Deja una silla, que habrá estado limpiando, frente á la puerta del foro, y desaparece por la misma.)*

ESCENA II.

JUSTO y ÁNGEL, tipo ridículo, con gafas verdes y una nariz muy aporrada y fea

JUSTO. *(Dentro.)* Pase usted.

ÁNGEL. *(Id.)* Voy. *(Entra y tropieza con la silla.)* ¡Carambita! ¿Con qué he tropezado?

JUSTO. Con una silla: estaba limpiando los muebles cuando usted llamó, y....

ANGEL. Segun eso ¿eres el criado de don Prudencio?

JUSTO. Sí señor.

ANGEL. Y ¿está en casa tu amo?

JUSTO. Todavía se halla recojido; pero si desea usted verlo llamaré....

ANGEL. Nó, no lo molestes; volveré. Dime, ¿acostumbra á levantarse muy tarde?

JUSTO. A eso de las diez.

ANGEL. ¿Qué hora será?

JUSTO. No lo sé.

ANGEL. Yo traigo reló; pero como tengo la vista tan mala, no alcanzo á ver.... Tú, que debes tener buena vista, mira.... *(Presentándole el reló.)*

JUSTO. Diré á usted, señor: yo veo claramente esos dos palitos; pero no entiendo los garabatos que hay *alredor.*

ANGEL. *(Guardando el reló.)* Pues hemos quedado lucidos: yo con mi falta de vista y tú con la sobra de....

JUSTO. Crea usted, señor, que siempre he tenido deseo de saber la hora que marca un reló; me he puesto á aprender várias veces, pero nada, no he podido lograrlo.

ANGEL. ¿Qué edad tienes?

JUSTO. Treinta y cuatro años.

ANGEL. Pues me parece que yá te quedas sin aprenderlo.

Vaya, adios. Pronto vuelvo. *(Se dirige hácia la ventana.)*

JUSTO. ¿Adónde vá usted por ahí?

ANGEL. A la calle: ¿no es está la puerta?

JUSTO. Nó señor; es una ventana que dá al jardin; precisamente está sin reja, porque la arrancaron ayer para hacer de ella un balcon.

ANGEL. Como veia por ahí más claridad.... ¿Con que tiene jardin esta casa?

JUSTO. ¡Y muy hermoso!

ANGEL. ¡Qué me alegro! Me agradan tanto las flores, que aquellas que por su tamaño diminuto no alcanzo á verlas, las huelo. El olfato no lo tengo perdido, y me extraña, porque, hijo, aquí donde me ves, soy todo un rigor de las desdichas; soy el cólera-morbo, una calentura maligna. Todos los males que existen sobre la tierra caen sobre mí; y yo, con mi mala sombra, como dicen los andaluces, hago caer sobre la humanidad las mayóres desgracias. Vaya, adios. *(Dirigiéndose hácia el foro.)*

JUSTO. *(Ap.)* ¡Qué señor tan raro!

ANGEL. *(Volviendo.)* Dime, ¿dónde está la entrada al jardin?

JUSTO. A la bajada de esa escalera.

ANGEL. Gracias: hasta luégo. *(Hace medio mútis.)* ¡Ah! El amigo que me recomienda me dijo que tu amo era casado. ¿Cómo se llama su señora?

JUSTO. Doña Paz.

ANGEL. ¡Ajá! Ella Paz y él Prudencio; será un matrimonio modelo. ¿Y tu nombre, cuál es?

JUSTO. Justo, para servir á usted.

ANGEL. Gracias. Esta casa debe ser un verdadero paraiso; pero si me quedo en ella de seguro seré la serpiente.

JUSTO. ¿Por qué, señor?

ANGEL. Porque mi nombre expresa lo contrario de lo que significa. Yá ves: me llamo Angel, y soy el hombre de más *mal ángel* que existe en todo el mundo; mi apellido primero, es Bienvenido, y no llego á parte alguna sin llevar desgracias: soy peor que el Judío errante. Conque, hasta luégo. *(Váse por la puerta del foro, lado izquierdo.)*

ESCENA III.

JUSTO, PAZ y PRUDENCIO que saldrán por la puerta lateral derecha cuando lo pida el diálogo.

JUSTO. Dice que la casa debe ser un paraiso porque el amo se llama Prudencio y la señora Paz; pues no sabe lo que le espera si se queda á vivir con nosotros.

PRUD. *(Dentro.)* Te digo que sí.

PAZ. *(Id.)* Y yo te digo que nó.

JUSTO. Acaban de levantarse y yá comienza la pelotera.

PRUD. *(Dentro.)* Pues vendrá.

PAZ. *(Id.)* O no vendrá.

JUSTO. ¡Calla! Si están todavía en la misma cuestion que anoche. *(Alto.)* ¿Preparo el almuerzo?...

PAZ. *(Dentro y fuerte.)* Nó....

JUSTO. Son incansables: doce años hace que viven del mismo modo, diciendo uno que sí y el otro que nó.

PRUD. *(Dentro y fuerte.)* Sí, sí y sí.

PAZ. *(Id.)* Nó, nó y nó.

JUSTO. Yá tienen los nervios encrespados. *(Alto.)* Preparo la tila?...

PRUD. (*Saliendo y tropezando con Justo.*) Nó; prepara un veneno.
JUSTO. ¡Ave María! ¿Qué le sucede, señor?
PRUD. Que esa mujer es una fiera.
PAZ. (*Saliendo.*) Y tú un dromedario.
JUSTO. Vamos, tranquilizarse.
PRUD. Imposible; esta mujer es el espíritu de la contradicion. Hace que le escriba á mi amigo Macario, suplicándole me busque un caballero decente que quiera vivir con nosotros, en clase de pupilo, porque la necesidad nos obliga á ello; y cuando me contesta diciendo que recomienda uno llamado don Angel Bienvenido y que pagará diez reales por el pupilaje, se niega á que se le admita.
PAZ. Y nó se le admitirá. No quiero pupilos á diez reales sino á veinte. Esta es una casa muy tranquila.
PRUD. ¡Qué barbaridad!
PAZ. Aquí no hay niños.
PRUD. Pero en cambio tú sola haces más ruido que doscientos.
PAZ. ¡Jesus! ¡Voy á reventar! Ahora mismo me marcho para siempre á casa de mi madrina.
PRUD. Buen viaje; no espere usted que yo vaya á recojerla.
PAZ. Es que tampoco saldré áun cuando me ronde usted la puerta, y me escriba cartitas perfumadas diciendo que no puede pasar sin mí.
PRUD. Descuide usted que no se repetirán esas escenas.
PAZ. Lo estimaré mucho. Adios. (*Váse por el foro izquierda.*)
PRUD. Vaya usted.... con mil demonios. Justo, si viene un caballero llamado don Angel Bienvenido....
JUSTO. Yá estuvo ahí y se marchó; pero volverá.
PRUD. Cuando venga alójalo en esa habitacion, junto al comedor (*lateral izquierda.*)
JUSTO. Está bien, señor.
PRUD. Adios; voy á casa de la madrina de miseñora. (*Váse por la puerta del foro, lado izquierdo.*)

ESCENA IV.

JUSTO: á poco ÁNGEL por la puerta del foro, lado izquierdo.

JUSTO. Anda, anda: yá vá en busca de ella. ¡Valiente matrimonio! Y quieren tener pupilos: ¿quién

es capaz de aguantar una semana en esta casa? Voy á arreglar el cuarto y á cambiar el agua de la palangana. (*Entra por la puerta, derecha, saliendo al momento con una palangana.*) Ahora que han salido los amos la tiraré al jardin; las flores la agradecen de cualquier modo. Allá vá. (*Arroja por la ventana el agua que la palangana contiene.*)

ANGEL. (*Dentro.*) Gracias.

JUSTO. (*Mirando por la ventana.*) ¡Caracoles! ¿Quién anda en el jardin?

ANGEL. (*Dentro.*) Yó.

JUSTO. ¡Calla! ¡Pues si es el pupilo! ¿Le ha caido á usted encima?

ANGEL. Toda.

JUSTO. ¡Jesus!

ANGEL. Dime, avestruz, ¿era agua sola?

JUSTO. Con un poco de jabon. ¿Por qué se marchó usted al jardin?

ANGEL. Porque me dió la gana. Vás, encima, á reprenderme?

JUSTO. ¡Oh! no señor. Suba usted, que tengo órden de mi amo para alojarlo en la mejor habitacion de la casa.

ANGEL. Voy.

JUSTO. (*Separándose de la ventana.*) Mire usted qué tentacion me dió para tirar el agua al jardin, cuando siempre la llevo á la cocina. Está visto: ese buen señor ha entrado en esta casa con muy mal pié. Colocaré la palangana en su sitio. (*Entra por la puerta lateral derecha, saliendo á poco sin la palangana.*)

ANGEL. (*Entrando por la puerta del foro, lado izquierdo: vendrá sacudiéndose la ropa y el sombrero.*) Vaya, hombre, toma el sombrero: yá que me lo has mojado colócalo donde se seque.

JUSTO. (*Tomando el sombrero y colocándolo sobre un mueble.*) Sí señor, ahora lo llevaré. ¡Cuánto siento lo que ha pasado! Ignoraba que estuviera usted en el jardin.

ANGEL. No te apures; estoy acostumbrado á mayores percances y no me llama la atencion esa bagatela. Si yo te contára algunos episodios de mi triste vida, te horrorizarias.

JUSTO. ¿Tan grandes son?

ANGEL. Sí, muy grandes. Yo mismo me espanto al recordarlos. Mira: este verano fuí á tomar ba-

ños á Carratraca, y el mismo dia que llegué todos los enfermos se pusieron peores.

JUSTO. ¿Es posible?

ANGEL. Como lo oyes. En la fonda que habitaba habia cinco matrimonios: cuatro se divorciaron, y el otro marido llegó á tomarle tanto cariño á su esposa, que, ántes de venirme, le arrancó una oreja de un mordisco.

JUSTO. ¡Qué barbaridad!

ANGEL. Es mucha mi influencia. Yo soy como la luna: tengo mis cuartos crecientes y mis cuartos menguantes.

JUSTO. Y ¿en qué cuarto se encuentra usté ahora?

ANGEL. Me parece que voy entrando en la llena.

JUSTO. ¡Caracoles!

ANGEL. Y créete que cuando entro en ese período me tengo miedo á mí mismo, porque hago cosas asombrosas. Escucha: un dia me embarqué en Cádiz para ir al Puerto, y en el momento que puse el pié en el vapor se levantó un temporal tan grande que en tan corta travesía se ahogaron siete personas.

JUSTO. ¡Ave María!

ANGEL. Y no cesó la borrasca hasta que llegué á tierra. Y te advierto que era por la Canícula.

JUSTO. Entónces el temporal fué uno de esos fenómenos de la naturaleza....

ANGEL. Nó, hombre, nó; si el fenómeno de la naturaleza soy yo; si siempre que me embarco me sucede lo mismo.

JUSTO. ¿Y sabiendo eso, ¿por qué se embarcó usté?

ANGEL. Porque me comprometieron várias amigos para ver una corridita de toros en el Puerto de Santa María.

JUSTO. Dicen qu e allí son muy divertidas las corridas de toros.

ANGEL. Sí, cuando yo no asisto á ellas.

JUSTO. ¿Pues qué pasa entónces?

ANGEL. ¡Friolera! Que siempre hay desgrácias.

JUSTO. ¡Demonio!

ANGEL. Desde que salgo de casa, voy diciendo por el camino.... ¿A quién le tocará?

JUSTO. ¿Y hubo alguna esa tarde?

ANGEL. Yá lo creo; la mitad de la cuadrilla fué á parar á la enfermería, y á una de las mulas que arrastran á los toros, ¡admírate! le dió una apoplegía fulminante en la misma plaza.

JUSTO. ¡Qué barbaridad!

ANGEL. Conque yá ves si vale la pena el chaparron con que me obsequiaste por la ventana.

JUSTO. Pido á usted mil perdones.

ANGEL. ¿De qué? Si no eres tú, si soy yo: es mi estrella. Yá presenciarás cosas raras miéntras yo habite en esta casa. Sin yo querer he de causarte algun mal y tú á mí igualmente.

JUSTO. ¡Oh! no señor, yo pondré cuidado.

ANGEL. ¡Qué cuidado! Mira: yo era muy aficionado á cazar y he tenido que abandonar la aficion.

JUSTO. ¿Por qué?

ANGEL. Porque en vez de matar conejos, siempre que disparaba habia de matar uno de los perros que iban en la cacería; tanto, que en toda la comarca de Cantillana no me conocen más que por don Bienvenido Mata-perros. Figúrate si yo pondria cuidado, despues de matar los tres primeros, con el cuarto; pues no me valió; ¡hasta treinta y uno dejé tendidos por esos campos cuando abandoné la aficion! yá ves. En fin, allá vá lo más gordo: cierto dia me caí de espaldas, y ¿qué crees tú que me partí?

JUSTO. ¿La cabeza?

ANGEL. Nó; las narices.

JUSTO. ¡Demonio!

ANGEL. Desde entónces las tengo en este estado. Y ¿cuál es mi habitacion?

JUSTO. La que está al lado del comedor. Pase usted. (*Vánse, lateral izquierda.*)

ESCENA V.

PAZ y PRUDENCIO, por la puerta del foro, lado izquierdo.

PAZ. Si cedo á tus ruegos y no me marcho para siempre á casa de mi madrina, es con la expresa condicion que el pupilo ha de darnos cuando ménos tres meses adelantados.

PRUD. Mujer, tres meses me parece mucho.

PAZ. ¿Mucho? Yá has visto al truhan de don Ramon cómo se ha marchado debiéndonos una semana de pupilaje.

PRUD. Sí; la segunda que habitó aquí. Era un tuno.

PAZ. ¿Quién sabe lo que éste será?

PRUD. Este es otra clase de hombre. Yá ves; me lo recomienda Macario, que tan formal es.

PAZ. Allá verémos.

ESCENA VI.

DICHOS: ANGEL y JUSTO saliendo de la habitacion.

ANGEL. Me agrada la habitacion.
JUSTO. Es muy bonita y ventilada.
PRUD. (*A Paz.*) Este debe ser el pupilo. (*A Angel.*) Servidor de usted, caballero.
ANGEL. ¡Hola! ¿Quién es?
JUSTO. ¡Mis amos don Prudencio y doña Paz.
ANGEL. ¡Yá! (*Dirigiéndose á Prudencio.*) Señora, estoy á los piés de usted. (*A Paz.*) Beso á usted la mano, don Prudencio. Quiero que desde este momento me reconozcan por un servidor.
PRUD. Muchas gracias.
ANGEL. Nada; aquí no hay pupilos ni pupileros: todos formarémos una familia. Yá me dijo el amigo Macario, al recomendarme á ustedes, las buenas cualidades de que estaban adornados.
JUSTO. (*Aparte.*) Habrá querido bromearse con él.
PRUD. Es un buen amigo, á quien apreciamos mucho. Conque, si quiere usted descansar ó tomar alguna cosa....
ANGEL. Como usted guste; nunca tengo apetito y cómo únicamente para sostener la vida. Si acostumbran ustedes á desayunarse temprano, me es igual.
PRUD. Paz, prepara....
ANGEL. Cualquier cosa, señora.
PRUD. (*Aparte á Paz.*) ¿No te parece un buen sugeto?
PAZ. (*A Prudencio*) Sí; pídele los tres meses adelantados.
PRUD. (*A Paz.*) Esperemos un poco.
PAZ. Si no lo dá, no hay desayuno.
PRUD. ¡Qué terca eres! (*A Angel.*) Señor don Angel, mucho siento tener que molestarle, pero como los tiempos están tan malos....
ANGEL. Comprendo. Necesita usted algun dinero.
PAZ. Sí señor.
ANGEL. Hoy sólo puedo ofrecerle cuatro duros; pero aguardo á una persona muy formal y honrada que ha de traerme la cantidad....
PRUD. Bueno, bueno; por ahora estamos aviados.
PAZ. Eres un calzonazos; yá verás el petardo que nos arrima. (*Váse fondo.*)
PRUD. (*Ap.*) ¡Qué mujer más desconfiada! (*Alto.*) Justo, acompaña á la señora. (*Váse Justo.*)

ESCENA VII.

PRUDENCIO y ANGEL.

PRUD. Pronto estará todo listo.

ANGEL. No tengo prisa.

PRUD. ¿Y es usted casado, amigo mio?

ANGEL. No señor. Estoy viudo hace algunos años.

PRUD. ¿Le quedaron hijos?

ANGEL. Tuve uno, pero no llegué á conocerlo, porque elegí por esposa á una señora más desgraciada que yo. Figúrese usted que empezamos nuestros amores, yo por guiñarla un ojo y ella por guiñarme otro: al mes se quedó tuerta del ojo que me guiñó.

PRUD. ¡Qué rareza!

ANGEL. Una vez en ese estado, tuve que casarme con ella ántes del tiempo que pensaba, y ¡ojalá nunca lo hubiese hecho!

PRUD. ¿Por qué?

ANGEL. Porque al darme á luz el primer chiquillo.... reventó.

PRUD. ¿Se murió?

ANGEL. Sí señor, en el primer dolor; tuvo la suerte de no sentir el segundo.

PRUD. Buena está. ¿Y á qué ha venido usted á Madrid?

ANGEL. Vengo con dos objetos: uno, cobrar algunas cantidades que me adeudan, y otro proporcionarme un destino.

PRUD. ¿Cuenta usted con influencia?

ANGEL. Sí señor; tengo muchos y buenos amigos. Ayer estuve hablando largo rato con el ministro de Hacienda, que fué mi camarada durante la niñez. Yo he jugado con él al salto, á la pelota; por cierto que un dia me pegó tan grande pelotazo en este ojo, que estuve quince dias en cama.

PRUD. ¡Oh! Pues si el ministro ha jugado con usted á la pelota, el destino es seguro.

ANGEL. Sí señor, ha jugado conmigo; pero lo malo es que creo sigue jugando todavía.

PRUD. ¿Por qué?

ANGEL. Porque me recibió tan friamente, que cuando hablaba se le conocia en la cara no queria acordarse del pelotazo que me arrimó al ojo.

PRUD. ¿Es posible?

ANGEL. Don Prudencio, cuando un hombre llega á ser ministro, se olvida, no digo de los amigos,

sino hasta de la camisa y pantalones rotos que usó durante la infancia.

PRUD. Es verdad.

ANGEL. En fin, por si pega, le he dejado las señas de mi nuevo domicilio.

PRUD. Bien hecho, tenga usted esperanza.

ANGEL. Pues no tengo ninguna.

PRUD. ¡Qué fatalista es usted!

ANGEL. ¿No he de serlo, si nada me sale bien? Mire usted: asistia yo cierta noche á la representacion de un drama patriótico, y en la escena más culminante, cuando los ánimos de los espectadores estaban sobreexcitados, se quedó el teatro á oscuras.

PRUD. Y ¿qué tiene eso de particular?

ANGEL. En el acto oyéronse vários gritos subversivos hallándose á mi lado uno de los alborotadores ¡y con cada pulmon!

PRUD. Bien ¿y qué?

ANGEL. Escuche usted, que aún no he concluido. Alumbrado de nuevo el teatro, vários agentes de policía entraron á buscar á los que habian gritado, y encarándose conmigo uno de ellos, me sacó á la calle, dándome estacazos, y me condujo á la cárcel pública. Diga usted, y eso ¿tiene yá algo de particular?

PRUD. ¡Y tanto!

ANGEL. Pues no quedó ahí. A la mañana siguiente, sin decirme palabra, me amarraron codo con codo, y me condujeron á un buque que me llevó ¡á Filipinas! sin hacer escala en ninguna parte.

PRUD. ¡Qué atrocidad!

ANGEL. Conque, yá vé usted si tiene ó nó de particular cuanto á mí me pasa. Todos los dias ha de ocurrirme algun percance, y tantos sustos me han producido una debilidad en los nervios, que sólo de oir hablar alto á dos personas me pongo enfermo. Hace dias, oyendo la acalorada discusion que sostenia un matrimonio en la casa junto á la mia, me puse tan nervioso que me rompió en una alferecía; y gracias que entre el matrimonio y yo existia una pared maestra, que si es un tabique, reviento.

ESCENA VIII.

DICHOS: PAZ, por la puerta del foro, con dos cartas en la mano.

PAZ. (*A Angel.*) Acaban de dejar estas dos cartas para usted.

ANGEL. Vamos, yá tenemos dinero. Don Prudencio, haga usted el favor de leerlas, porque mi vista no alcanza....

PRUD. Con mucho gusto. (*Ap. á Paz.*) ¿Ves, mujer...?

PAZ. Sí, yá veo.

ANGEL. Abralas con cuidado, porque es probable contengan algunos billetitos de Banco.

PRUD. (*Abriendo una carta.*) Esta no trae ninguno.

PAZ. (*Ap.*) Y lo mismo sucederá con la otra.

PRUD. (*Leyendo.*) «Señor don Angel. Muy señor »mio: Don Enrique Perlerin, el hombre de »confianza que tenía al frente de mis nego»cios, se marchó hace algun tiempo á Buenos »Aires.»

ANGEL. ¿A Buenos Aires?

PRUD. (*Leyendo.*) «Al partir se llevó diez mil duros »de la Caja.»

ANGEL. Me partió con su partida!

PRUD. «Dé usted por perdida la cantidad que dice »le adeuda, como yo he perdido la mia. »Suyo afectísimo, etc.»

ANGEL. Diez mil duros de su principal y cinco mil mios: ¡quince mil duros! Y llevaria un viaje feliz ese tunante. En cambio, yo cada vez que me embarco....

PRUD. Abriré tambien la otra con cuidado para que no se rompan los billetes de Banco.

ANGEL. Creo que tampoco vá á traerlos.

PAZ. Pues eso ¿quién lo duda?

PRUD. (*Abre la otra carta.*) Nada. (*Lee para sí.*)

PAZ. (*Ap.*) ¡Valiente petardista!

ANGEL. Vaya, acabe usted de decirnos á dónde se ha marchado ése.

PRUD. Al otro mundo.

ANGEL. ¿Se ha muerto?

PRUD. Sí señor; escuche usted: (*Leyendo.*) «Señor »don Angel: Mi hermano, á quien le reclama »usted la cantidad de diez mil reales, murió »el mismo dia que le dió usted el dinero.»

ANGEL. ¡Zambomba! El uno muda de aires y el otro de mundo.

PRUD. «Ha dejado siete hijos; si puede usted socor»rerlos espero lo hará, pues lo necesitan.»

ANGEL. Amigo mio: no puedo dar á usted ese adelanto, y me alegro porque es seguro que el dinero que ahora le entregára le serviria cuando ménos para medicinarse.

PAZ. No llegará á suceder tal cosa, porque al momento vá usted á ponerse en mitad de la calle.

ANGEL. ¡Señora!

PRUD. ¡Paz!

PAZ. A la calle; sí señor, á la calle, y ahora mismo.

ANGEL. Bien, me marcharé; pero ántes le haré observar que esos modales no son dignos de una señora.

PRUD. Es verdad; eres una imprudente.

PAZ. ¡Yo imprudente!

ANGEL. Una cosa parecida; no creo que mi desgracia le autorice....

PAZ. ¡Su desgracia! No tiene usted cara de desgraciado, señor mio, sino de petardista.

ANGEL. ¡Jesus! ¡Esto sólo me faltaba!

PRUD. Paz, ¡por Dios!

PAZ. Calla, infame; yá te pesará haberme llamado imprudente.

PRUD. ¡Me amenazas! Sepa usted, señora, que aquí no hay más pantalones que los mios.

ANGEL. (*Ap.*) ¡Jesus! ¡Yá me voy atacando de los nervios! (*Se sienta.*)

PRUD. Y basta que tenga usted empeño en que este caballero se marche de casa para que yo le suplique que permanezca en ella todo el tiempo que le dé la gana.

PAZ. Que se quede, que se quede, no me opongo; pero tenga entendido que en la primera comida que le haga le echaré polvos venenosos.

ANGEL. (*Levantándose.*) ¡Canario! Páselo usted bien.

PRUD. Yá se guardará usted, y mucho, de hacer semejante barbaridad.

PAZ. ¿Que no lo hago?

ANGEL. Sí señora, estoy convencido. Agur. (*Se dirige hácia el foro.*)

PRUD. (*Deteniéndolo.*) ¡Quieto! De aquí no se sale. (*Sentándolo en una silla.*) Siéntese usted. Pues qué ¿ha de poder más que yo?

ANGEL. (*Ap.*) ¡Vaya un suplicio!

PAZ. ¡Ay! ¡Si no fuera por el vínculo sagrado que nos une! (*Se pasea con precipitacion.*)

PRUD. Cuando usted quiera se rompe. (*Idem.*)

PAZ. Ahora mismo.
PRUD. Sí señora, ahora mismo.
PAZ. ¡El divorcio!
PRUD. ¡El divorcio!
ANGEL. ¡Señores, por los doce apóstoles! (*Ap.*) Yá no puedo sujetar mis nervios. (*Alto, levantándose.*) Don Prudencio, sea usted prudente.
PRUD. Harto lo soy cuando no la he arrojado por la ventana....
PAZ. ¿A la alberca? (*Poniéndose las manos en la cintura.*) Anda, atrévete.
ANGEL. No se atreva usted, don Prudencio. Doña Paz, ¡por las once mil vírgenes! acuérdese usted de la santa de su nombre.
PAZ. De nada me acordaré hasta que arranque la lengua á ese infame. (*Queriendo acometerle.*)
ANGEL. (*Deteniéndola.*) ¡Señora...!
PAZ. ¡Eres un malvado!
ANGEL. ¡Jesús! ¡Me ahogo! Agua; Justo, tráeme agua.
PAZ. Tráele agua-rás, petróleo, estrignina, ácido prúsico....
ANGEL. ¡Qué barbaridad!
PRUD. Si es una leona!
ANGEL. Don Prudencio, enciérrese usted.
PRUD. ¿No seria mejor encerrarla? (*Se oculta trás la puerta lateral izquierda, cerrándola.*)
PAZ. ¡Encerrarme á mí! (*Empuja fuertemente á Angel, que habrá continuado sujetándola y corre á la puerta por donde entró Prudencio.*) ¡Oh! Has cerrado. Abre, hombre infernal, abre.
ANGEL. ¡No abra usted, don Prudencio!
PAZ. ¡Cobarde! ¡Eres un cobarde!
ANGEL. Señora, que los vecinos se estarán enterando....
PAZ. Y á usted ¿qué le importa?
ANGEL. Pero....
PAZ. ¡Vaya usted...! (*Se vá por la puerta lateral derecha.*)
ANGEL. ¡Ay! ¡Qué mujer! ¡Pues nó que el marido...! Me estoy ahogando. ¡Justo!... ¡Justo!...

ESCENA IX.

DICHOS y JUSTO que entra con mucha calma por la puerta del foro.

JUSTO. ¿Qué se ofrece? ¿A qué tanto alboroto?
ANGEL. El matrimonio, que quiere despedazarse.
JUSTO. ¿Y eso le llama la atencion? No haga usted caso.... Déjelos, que ellos se arreglarán.

ANGEL. (*Ap.*) Vaya una cachaza que gasta este condenado gallego.
JUSTO. ¿Y para decirme eso me llamaba usted?
ANGEL. Nó. Para que me traigas un vaso con agua.
JUSTO. Eso es otra cosa. Voy por ella. (*Váse, foro.*)
ANGEL. Dicen que no hay desgracia duradera, y la mia no vá á tener fin. Vea usted dos esposos que siempre habrán vivido como ángeles, y en cuanto he llegado quieren divorciarse.
JUSTO. (*Entrando con el vaso.*) Aquí está el agua.
ANGEL. Gracias. (*Quiere tomar el vaso y no puede conseguirlo á causa del temblor nervioso que debe estar manifestando desde el principio de la reyerta del matrimonio.*) ¡Carambita! me he puesto tan nervioso qué no puedo sostener el vaso. Haz el favor de dármela tú.
JUSTO. Con mucho gusto. (*Dá el agua á Ángel, que la toma con trabajo, derramándola casi toda.*)
ANGEL. Gracias.
JUSTO. ¿Quiere usté alguna otra cosa?
ANGEL. Sí, una tacita de tila.
JUSTO. Enseguida. (*Váse puerta del foro, lado derecho.*)

ESCENA X.

ANGEL, y PAZ y PRUDENCIO ocultos.

ANGEL. En cuanto esa tila me arregle los nervios, me voy para siempre de esta endemoniada casa. Pero, bien mirado, siendo yo el causante del estado de desesperacion en que se encuentra el matrimonio, no debiera marcharme sin dejarlos amigos. Probemos. ¡Qué en silencio están ahora! ¿Se les habrá quitado yá el enojo? Veamos. (*Dirigiéndose hácia la puerta por donde entró Paz.*) Oiga usted, doña Paz.
PAZ. (*Abriendo un poco la puerta y asomando la cabeza.*) No quiero oir nada.
ANGEL. Vamos, señora, termine esta desagradable cuestion y me marcho enseguida.
PAZ. No cedo, no señor.
ANGEL. (*Dirigiéndose hácia Prudencio.*) Don Prudencio....
PRUD. Tampoco cedo.
ANGEL. Vamos, darse las manos y....
PAZ. ¡Nunca!
PRUD. ¡Tonta!
PAZ. ¡Bruto!
ANGEL. ¡Basta, señores, basta!

PAZ. Sal, sal del sitio en que te has escondido.

ANGEL. (*Corriendo hácia Prudencio.*) ¡No salga usted, don Prudencio!

PRUD. Sal tú si te atreves.

ANGEL. (*Dirigiéndose á Paz.*) No se atreva usted.

PAZ. (*Saliendo.*) ¡Pues no me he de atrever!

PRUD. ¿Sí? Toma. (*Le tira un plato, que no le dá.*)

ANGEL. (*Corriendo hácia Prudencio.*) ¡Demonio! ¿Vá usted á tirar otro? (*Al llegar á la puerta cierra Prudencio, y queda presa entre las hojas una mano de Angel.*) ¡Ay! ¡Afloje usted!

PAZ. (*Tomando la otra mano de Angel y tirando de ella.*) ¡Fuera estorbo!

ANGEL. (*Muy afligido.*) Si no puedo. Don Prudencio, no apriete usted tanto.

PAZ. Abre, cobarde, abre.

ANGEL. ¡Ay! Señora, no tire usted tan fuerte.

PAZ. Pues no me estorbe usted el paso.

ANGEL. Si no puedo moverme de aquí: el bárbaro de su esposo me ha cogido los dedos entre las hojas de la puerta.

PAZ. Abre; ¿no oyes esto?

PRUD. (*Dentro.*) No abro.

ANGEL. Sí, hombre, abra usted, que estoy viendo las estrellas.

PAZ. En cuanto te coja..... (*Tira.*)

ANGEL. ¡Ay! ¡Caracoles!

PAZ. Pues que abra.

ANGEL. Si no quiere abrir. ¡Qué suplicio! Me suelta usted ó la muerdo.

PAZ. ¡Qué me ha de morder!

ANGEL. ¿Que no? ¡Aun! (*Intenta morderla. Paz tira de él hasta separarlo de la puerta y entra con precipitacion en busca de Prudencio.*) ¡Ay mis dedos! ¡Qué matrimonio tan estúpido! (*Suena un fuerte ruido de platos rotos.*) ¡Zambomba! ¡Qué modo de argumentar! (*Sale Prudencio huyendo de Paz, que le sigue con un plato grande en la mano. Al salir tropieza con Angel y lo tira al suelo: al llegar á la puerta del foro tropieza con Justo que entra con la taza de tila en la mano y lo tira tambien, desapareciendo de la escena, siempre seguido de Paz.*)

PRUD. (*Al salir.*) ¡Qué barbaridad!

ANGEL. (*Al caer.*) ¡Jesus!

JUSTO. (*Cayendo al tropezar.*) ¡Demonio!

PAZ. Espera. (*Dentro.*) Toma. (*Se oye ruido como de haberle tirado el plato.*)

ESCENA XI.

ANGEL y JUSTO.

JUSTO. ¡Ay! ¡Ay! (*Sentándose.*)

ANGEL. ¡Ay! ¡Ay! (*Idem.*) ¡Brutos! ¡Salvajes! Pero más lo soy yo queriendo domesticar animales. (*Levantándose.*)

JUSTO. ¡Ay! ¡Ay! (*Idem.*)

ANGEL. Ahora mismo me voy.

JUSTO. (*Soplándose los dèdos.*) ¡Qué barbaridad!

ANGEL. ¿De qué te quejas? ¿Qué es lo que á tí te ha pasado?

JUSTO. Que al salir el señorito me dió un empellon y me ha quemado la mano.

ANGEL. ¿Quemado? ¿Pues qué traias en ella?

JUSTO. La tila que pidió usté, y que venia hirviendo.

ANGEL. ¡Qué cosas más estupendas suceden! Cuando entré aquí, me refrescaste el cuerpo con el agua de la palangana, y al marcharme te dejo las manos calientes con la tila. ¡Y habrá quien dude de mi influencia! Ahí están tus amos: siempre habrán vivido como ángeles, y en cuanto he puesto los piés en esta casa quieren hasta matarse.

JUSTO. Cá, no señor; viven del mismo modo hace doce años.

ANGEL. ¡Doce años! Mentira parece que doña *Paz* se halle siempre en *guerra* perpétua con su esposo!

JUSTO. Todos los dias se insultan, y....

ANGEL. ¡Ah! ¿Conque no soy yo, no es mi influencia, no es mi mala sombra la que ha puesto ahora al matrimonio en estado de tirarse los platos á la cabeza?

JUSTO. No señor; si aquí hay platos rotos á todas las horas del dia.

ANGEL. ¿Sí? Adios. (*Dirigiéndose con prontitud á la ventana.*)

JUSTO. ¿Adónde vá usted?

ANGEL. A la calle. (*Desaparece por la ventana.*)

JUSTO. Que no es.... ¡Adios!! Yá se reventó. (*Mirando por la ventana.*) ¡Jesus! Ha caido en la alberca! ¡Como zambulle! ¡Socorro! ¡Que se ahoga! Mis amos ván en su auxilio. Fortuna ha sido que estuvieran en el jardin. Le dán la mano.... Ya sale. ¡Caramba! ¡Qué susto he pasado!

PRUD. (*Dentro.*) Justo, echa un cobertor.

JUSTO. (*Entra por la puerta lateral derecha, sale enseguida con el cobertor y lo arroja por la ventana.*) Allá vá.

ESCENA XII.

JUSTO: UN EMPLEADO por la puerta del foro, lado izquierdo.

EMP. ¿Está en casa el señor don Angel Bienvenido.
JUSTO. ¿Qué se le ofrece?
EMP. Entregarle esta comunicacion del Ministerio de Hacienda.
JUSTO. Pues no puede usted verlo porque como es tan corto de vista, queriendo ir á la calle, en vez de salir por la puerta, lo hizo por la ventana y cayó en la alberca del jardin.
EMP. ¿Y se ha hecho daño?
JUSTO. No sé; ahí lo traen mis amos.

ESCENA XIII.

DICHOS: ANGEL envuelto en un cobertor sostenido por PRUDENCIO y PAZ.

PRUD. Animo, que no ha sido más que el susto.
ANGEL. Pero bueno. Debieron ustedes haberme dejado morir dentro de la alberca; porque tengo la conviccion que si no ha sido de ésta, será de otra y muy cercana.
PRUD. ¿Quién sabe?
ANGEL. No me siento muy bien.
PRUD. Justo; corriendo, un médico.
JUSTO. Al momento. (*Vase por el foro, lado izquierdo.*)
EMP. Señor don Angel, siento mucho ese desagradable incidente.
ANGEL. Gracias. ¿Quién es este señor?
EMP. Soy un empleado del Ministerio de Hacienda, y vengo de órden del Sr. Ministro para entregarle esta credencial.
PRUD. (*Ap.*) ¡Una credencial!
ANGEL. Me parece que viene usted equicado; ese documento no debe ser para mí.
EMP. No lo dude usted.
ANGEL. Pues veamos pronto qué dice. Léalo.
EMP. (*Abre el sobre.*) Pasaré el preámbulo. (*Lee.*) «Por las voces dadas en el Teatro de Noveda»des, en defensa de las libertades españolas, y »el penoso viaje hecho á Filipinas, vengo en »nombrar á don Angel Bienvenido, adminis»trador de la Casa de Moneda.»
PAZ. (*Con asombrosa alegría.*) ¡Prudencio!

PRUD. ¡Paz!

ANGEL. ¿Conque por las voces dadas? *(Levantándose y abandonando el cobertor.)* Así es todo en el mundo. Pues sepa usted, señor mio, que no fuí yo quien dió esas voces en defensa de las libertades españolas, que fué otro, á quien siento no conocer en este momento para darle las gracias.

EMP. Nada tiene que agradecerle, porque ántes que usted recogió el fruto de su trabajo y obtuvo un destino con un buen sueldo.

ANGEL. Luego usted conoce.... ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

EMP. Enrique García, servidor de usted.

ANGEL. *(Levantándose las gafas y acercándose al empleado para verlo mejor.)* Amigo mio, buenos pulmones tiene usted.

EMP. Regulares.

ANGEL. No señor, que son de primer órden: bien gritó usted aquella noche. Pues sepa usted que dos meses me estuvieron doliendo las costillas, de los palos que me dieron por su causa.

EMP. Sentí mucho....

ANGEL. Nó, quien lo sentia y bien era yo. Y el dichoso viaje á Filipinas, tambien fué bueno. Pero en fin, á qué acordarse más de tantas desgracias: creo que mi mala estrella la he dejado en la alberca del jardin.

PAZ. Así parece.

ANGEL. Doña Paz; pienso habitar esta casa si me dá usted palabra de no volverse á incomodar con su esposo.

PAZ. Se lo juro á usted solemnemente.

ANGEL. Convenido. Daré por el pupilaje cuarenta reales.

PAZ. ¡Cuarenta reales!

ANGEL. Con el cargo de que el señor don Prudencio me lleve las cuentas de la administracion.

PRUD. Con mucho gusto.

PAZ. Ahora sólo nos falta.... *(Óyense dentro muchas voces fuertes pero confusas, y várìos tiros ó petardos que seguirán á intérvalos hasta la conclusion de la obra.)* ¡Eh! ¿Qué es eso?

PRUD. Alguna pendencia.

ANGEL. Nó, caramba: eso suena á más que pendencia. A ver. *(Se dirijen todos hácia el foro.)*

ESCENA XIV.

DICHOS: JUSTO entrando por la puerta del foro, dando señales de asombro.

JUSTO. ¡Se armó la gorda!
PRUD. ¿Qué pasa?
JUSTO. ¡Friolera! ¡Que están levantando barricadas....
ANGEL. *(Aparte.)* ¡¡Hasta cuándo!!
JUSTO. ¡Y hay armada una de tiros en el Ministerio de Hacienda!
EMP. ¡En el Ministerio de Hacienda! *(Váse con precipitacion por el foro.)*
JUSTO. El pueblo dice que el Ministro está dentro y no quiere que se escape.
ANGEL. ¡Y no se escapará!
JUSTO. Quieren arrastrarlo.
ANGEL. Y lo arrastrarán: basta que haya firmado mi credencial para que no le dejen un hueso sano.
JUSTO. Voy á cerrar las maderas del balcon. *(Váse.)*
PRUD. ¡Pobre hombre! ¡Cuantas desgracias juntas!
PAZ. Tú tienes la culpa por admitir en casa á un tio semejante.
PRUD. ¡Calla, mujer infernal!
PAZ. ¡Infernal! Por eso voy á saltarte los ojos.
PRUD. Y, yo á arrancarte la lengua.
PAZ. ¿A que no te atreves?
PAZ. ¡Pues no me he de atrever! *(Se acometen y salen por la puerta del foro empujándose.*

ESCENA ÚLTIMA.

ANGEL.

(Con abatimiento dejándose caer sobre un sillon.) ¡Y creí que habia cambiado mi mala estrella! *(Levantándose y dirigiéndose al público.)*

De la fortuna el revés
constante me ha demostrado
que el que nace desgraciado
¡hasta la muerte! lo és.
Y porque mi infausta suerte
no influya en la del autor,
aplaudidle, por favor,
el juguete ¡HASTA LA MUERTE!

(Cae el telon.)

OBRAS ESTRENADAS DEL MISMO AUTOR

El Ermitaño de la Peña Maldita, drama novelesco en tres actos.
Crímenes de la Ambicion, drama en tres actos.
La curacion por celos, comedia en tres actos.
Pedro el Sordo, juguete cómico en tres actos.
Un consejo á tiempo, comedia en un acto.
Rom y menta, borrachera cómica en un acto.
¡¡Lo Maté!! paso cómico en un acto.
¡Quítese usted la ropa! juguete cómico en un acto.
Contra ira.... latigazo, juguete cómico en un acto.
Las angustias de un Procurador, disparate cómico en un acto.
La Cámara oscura, juguete cómico en un acto.
Los Cesantes, juguete cómico en un acto.
El secreto de mi Esposa, equívoco cómico en un acto.
El Curandero, juguete cómico en un acto.
¡Hasta la muerte! juguete cómico en un acto.